

Carta de Miami

Félix Lizárraga

I

Por muchos años creí que La Habana era la ciudad del mundo con mayor población de escritores por metro cuadrado. Salían de entre los adoquines en la ciudad vieja, por las innumerables escaleras de Centro Habana, de detrás de los leones de bronce del Prado o las columnas descascaradas de la Calzada del Cerro. Venían de todas partes de la isla, y aun de otras partes del mundo.

No importaba si los publicaban o no; ya los premiaran, los castigarán o los ignoraran, los poetas seguían apareciendo. Al revés del demonio innumerable cuyo nombre es Legión, una invasión de escritores es la pululación de ejércitos cuyo único general y cuyo solo guerrero son uno y el mismo. Emperrados, contra viento y marea, en poner palabras en líneas breves y de algún modo rítmicas, o en fabricar con ellas títeres que ponen a pelear entre sí, como si de eso dependiese el destino del universo.

Y La Habana era su meca, o así lo parecía. Hasta que llegué a Miami.

Al principio, la apariencia prosaica del lugar me engañó. Los rascacielos de vidrio del *downtown*, las sartas de clubes y boutiques de la Playa (hechos para turistas enamorados del *glamour*), las fondas y las tiendecitas de la Pequeña Habana (hechos para turistas enamorados del color local), los suburbios inacabables de casas todas iguales, refrescándose el culo en un lago artificial, nada de eso parecía terreno fértil para la literatura.

Hasta que empecé a reconocerlos, a atisbarlos. Llegan con la brisa marina, brotan de entre las grietas del asfalto, se mezclan con las putas de Biscayne Boulevard (las más feas del mundo). Vienen de todas partes, incluso de La Habana. Oscurecen el aire, en innumerables enjambres solitarios.

Escriben en español y en inglés, en *creole*, en catalán, en yoruba; en un solo idioma o en dos y hasta en tres al mismo tiempo. No les importa si les publican o no; ya sea que los premien o los ignoren, ellos persisten. Emperrados, contra viento y marea, en embutir palabras en líneas breves y de algún modo rítmicas, o en fabricar con ellas títeres que ponen a pelear entre sí, como si de eso dependiese el destino del universo. Tal vez de eso dependa el destino del universo.

Quisiera que esta Carta de Miami les preste voz.

II

Miami, lo he dicho más de una vez, es la capital de la queja. Todos nos quejamos siempre de algo: el calor tórrido y aplastante, la lluvia que no cesa, la perpetua amenaza de los ciclones, la pesadilla del tráfico... Y una queja entre todas: Miami es «una aldea», una ciudad sin cultura, un erial innombrable.

Lo curioso del caso es que muchas de estas quejas resultan infundadas, o al menos exageradas, cuando se las examina de cerca. El calor es molesto, pero no mata a nadie; la lluvia irrita, mas pocas veces ahoga; los huracanes nos sopapean sólo de vez en cuando, y generalmente avisan con antelación.

En cuanto a la cultura... Aquí pululan los grupos de teatro experimental, las galerías de arte, las revistas literarias, tanto impresas como de internet —aunque éstas últimas tal vez no deberían contar, ya que pertenecen al espacio virtual más que al geográfico— y, en los últimos tiempos, las pequeñas editoriales independientes: La Torre de Papel, Baralanube, Baquiana, Strumento, EntreRíos, Bluebird...

Miami celebra la feria del libro más importante de los Estados Unidos, y una por la que pasan los más renombrados escritores y casas editoriales de España y Latinoamérica, sin contar los varios festivales internacionales de cine y otras hierbas.

¡Y que vengan ahora a decirme que Miami es una ciudad sin cultura! El tráfico... Bueno, el tráfico sí que es un tormento.

III

Pues la poesía es la combustión espontánea de la escritura, no es de extrañar que los poetas entreguen muchas veces al fuego sus manuscritos, ya sea por encontrarlos indignos, ya (como el esteta de Wilde que los escribía en papel de cigarrillos y se los fumaba) por encontrar al mundo indigno de ellos. Salvados, más de una vez, de esa otra hoguera, estos poemas del cubano Carlos Pintado han sobrevivido para incendiar la página que habitan.

La modestia, en esta época de pavos reales, es virtud rara entre escritores, por lo mismo que es rara en cualquier parte. Muchos de los amigos de Pintado se enteraron de que escribe poesía cuando supieron que iba a editar un libro en la editorial Vitruvio, *Habitación a oscuras*.

Ese silencio sobre algo tan central a su vida se transmite de la persona al poeta, cuyos lujos verbales enmascaran y aluden, aún cuando fingen declarar. Aquí el poeta se oculta tras otras caras, otras voces, tras los rigores del metro clásico y las arquitecturas del soneto, tras un laberinto de alusiones y citas; se oculta tras el poema como tras una máscara.

Recuerdo que la primera vez que me dio a leer algo suyo, yo (tan ignorante de sus dones como el resto) pensé que me había dado a leer por broma un poema de Eliseo Diego. Pero los ecos de Eliseo y de Borges que resuenan en sus versos son menos influencias que reverberaciones, máscaras en suma.

La aventura

De ser ya Nadie es ser acaso todos.

La modestia extraña, *uncanny*, del poeta se manifiesta en la ligereza del encabalgamiento, que disfraza la música inevitable del metro, y en la manera que entreteje sencilleces coloquiales para amortiguar las súbitas suntuosidades metafóricas, como cuando susurra:

*Ni aquella aldaba de soñados bronces
Que oscura casa abría y encerraba
Y en la que yo esperaba y esperaba.*

La repetición conversacional del «esperaba» contrasta y aminora el centelleo de los «soñados bronces».

En alguna ocasión, empero, se impone la oriflama de epifanías como:

Ave de luz en sombras fulgurando.

Trae a la memoria aquella «sierpe de fuego con escamas de oro» en que se transmuta una lanza en un poema de Julián del Casal, tocada por la luz que ciega a Saulo.

Los mejores momentos de Pintado son aquellos en los que, más allá de la metáfora, logra líneas que encarnan lo que expresan, o que encarnan más que expresan, como este alejandrino:

Y sonoras tinieblas retumbando en lo oscuro.

Calentarse las manos en la llama secreta, viva, áurea, de estos poemas es una fiesta inesperada e íntima ©